

diversos sistemas. Luego expondremos los principios explicados en el *Ensayo*, harémos ver su importancia, y por último responderémos á los argumentos de los adversarios. Nos prometemos de esta controversia pacífica, la mayor ilustración de un asunto que nunca puede profundizarse demasiado, y gloriarnos que al fin de nuestro trabajo podremos repetir llenos de confianza, aquellas brillantes palabras de un Padre: « La fuerza de la verdad es grande, y aunque se deje entender por sí misma, resplandece mas aun, por los argumentos contra ella propuestos; inmutable siempre, se afirma por los mismos con que se piensa destruirla ».

¹ S. HILAR. PICTAV., *De Trin.*, lib. VII.

CAPITULO II.

DE LA FILOSOFIA, DE SU ORIGEN Y SUS DIVERSOS SISTEMAS.

El objeto de la filosofía es la indagación de la verdad, y casi todos los errores que hay en el mundo, y sobre todo los mas peligrosos, procedieron de esta vana indagación. *No hay absurdo que no lo haya dicho algun filósofo*¹, como advertía Ciceron.

¹ *Nihil tam absurdum dici potest, quod non dicatur ab aliquo philosophorum.* De Divinatione, lib. II, n. 58.

Los filósofos antiguos y modernos lo disputaron todo, lo negaron todo, y no es culpa suya si resta todavía creencia alguna sobre la tierra.

Esto solo probaría que existe un vicio radical en la filosofía, un inconveniente comun á estos sistemas diversos, en una palabra, alguna cosa que se opone á la naturaleza del hombre; pues la verdad es la vida de su inteligencia, no subsiste sino porque cree, y la razón que le distingue de los animales, la misma que le constituye hombre, es únicamente la verdad conocida.

Tambien se encuentran en todas partes ciertas verdades primeras, universalmente creidas á pesar de los esfuerzos que se han hecho para obscurecerlas. Se elevan sobre las tinieblas de las doctrinas filosóficas, y brillan en una region mas elevada, como fanal eterno del espíritu humano.

No tuvieron al principio los pueblos mas filosofía que la religion; no buscaron la verdad fuera de las tradiciones primitivas; bastaban estas

¹ *Cum enim sit nobis divinis litteris traditum, cogitationes philosophorum stultas esse: id ipsum re, et argumentis docendum est.* LACTANT., Divin. Justit., lib. III, cap. I.

á sus deseos como á sus necesidades. En vez de extraviarse en los delirios de una peligrosa curiosidad, descansaban en la seguridad de la fe. Las creencias de los padres, trasmitidas á los hijos, se perpetuaban naturalmente en la familia y en la sociedad, de que eran base, y de esta suerte se conservaron las elevadas é importantes nociones de la Divinidad, la inmortalidad del alma, las penas y premios futuros, la degradacion original del hombre, la venida de un redentor divino, y los excelentes preceptos de moral que se hallan en todas las naciones.

Los Hebreos en particular ignoraban completamente esta ciencia de la duda, este arte de indagar y disputar, llamado filosofía. Era su primera regla la tradicion proclamada por una autoridad viva; y cuando en los últimos tiempos, algunos espíritus altaneros¹ se separaron de

¹ Los saduceos. « Estos, » dice el presbítero Houtteville « eran con corta diferencia, discípulos de Epicuro, que sin embargo de reconocer la verdad de los libros sagrados, no los adoptaban sino comentados á su modo, y sometidos en la mayor parte de sus puntos al fallo de la sola razón. La autoridad de la tradicion era nula para con estos sectarios. Solo la consideraban como un

ella; se les vió inmediatamente caer en monstruosos errores, constantemente reprobados por lo principal de la nacion.

El Oriente, tan famoso entre los antiguos por sus tradiciones, solo debió su reputacion de sabiduría al esmero con que se conservaban las creencias y los conocimientos antiguos. No porque estuviere exenta de errores esta antigua tierra, en donde el hombre oyó por primera vez, la voz de Dios y recibió sus leyes. Pero aun en medio de las supersticiones engendradas por las pasiones humanas y el orgullo de la razon, las verdades primordiales se habian conservado mejor; y precisamente al Oriente, era donde iban Pitágoras, Platon y todos los grandes ingenios de la Grecia, á reconocerlas y contemplarlas.

En todos tiempos se ha notado que los pueblos del Asia tenian una estabilidad en sus doctrinas, en sus leyes y sus costumbres, que con-

* yugo odioso que sujetaba el hombre á hombres tan falibles como él. • *La Relig. Chrét. prouée par les faits. Disc. hist. et crit., etc.* tom. 1, p. 12. Paris. 1765, edic. in-12.

trasta expresamente con la movilidad extremada de las opiniones é instituciones de los pueblos de Europa, antes del establecimiento del Cristianismo. Se ha buscado la causa de esta diferencia en el clima, y nada tiene que ver con esto el clima. Una de las muchas locuras de este siglo es la de querer explicar lo moral por lo fisico. Un cielo nebuloso ó sereno, la diversidad de los alimentos, algunos grados de calor mas ó menos, no cambian la naturaleza del espíritu del hombre; y todo este materialismo tan ridículo como absurdo, ni siquiera merece refutarse. Si antiguamente estaba todo fijo entre los Orientales, no se debia mas que á la mayor obediencia, á la mayor fe; y el mismo principio ha producido igual efecto entre las naciones cristianas. El respeto á las tradiciones, enlazaba lo pasado á lo presente, y reprimia el ardor de innovar, fruto del orgullo y de la inquietud secreta, tormento continuo del corazon humano.

Tal era, bajo este aspecto, el estado del mundo, cuando en medio del desorden y de las instituciones populares, nació una filosofía distinta de la Religion, y esencialmente opuesta al prin-

cipio, segun el que habian los hombres, hasta entonces, arreglado sus creencias.

Algunos individuos, separados de la sociedad antigua por acontecimientos desconocidos, habian ido á parar á las costas de Grecia. Abandonados á sí mismos, se convirtieron en verdaderos salvages, es decir, hombres degradados. La razon y las tradiciones se les debilitaron á un mismo tiempo¹. Perdieron, sobre todo, el

¹ « Los filósofos » dice el juicioso P. Thomassin, « han caido en varias extravagancias, por haberse tomado la libertad de argüir en puntos de hecho, sin arreglarse á la Escritura, ó á la tradicion general del mundo. » (*Méthode d'enseigner et d'étudier les historiens*, cap. I. pag. 44.) Poco despues advierte hallarse en Ovidio ideas mas exactas sobre la creacion del hombre que en el mismo Platon. « Confiesa, lo que solo pudo aprender por la comunicacion de la historia antigua, que se formó el hombre á imágen de Dios, para dominar el universo por la autoridad de una alma racional é inteligente, con la que el mundo visible en nada se iguala, ni se parece. » (*Ibid.*, pag. 48.) Hablando despues de las sensaciones naturales de pudor que se hallan en todos los pueblos, y que han combatido ciertos filósofos. « Hasta los cínicos, dice, al cabo se dejaron arrastrar por la violencia de la naturaleza, y el consentimiento de todas las naciones: — *Vicit pudor naturalis opinionem hujus erroris, etc. Plus valuit pudor, ut erubescerent homines hominibus. quam error, ut homines canibus esse similes affectarent.* » (S. AGUST.) Estos filósofos nos suministran aquí una nueva puen-

hábito de la obediencia y la nocion verdadera del poder; y cuando, ya multiplicados, habian reconocido la necesidad de un gobierno, trataron de conservar, en la condicion social, la independencia del estado precedente. De aquí la multitud de instituciones arbitrarias, variables; y con el nombre de república, nueva forma de policia, cuyas combinaciones variaban sin cesar y tenian á los pueblos en una continua agitacion.

Conmueven las pasiones el espíritu, y hacen progresar las artes; como en ninguna parte hubo tantas pasiones como en Grecia, allí mas que en otra se cultivaron las artes del ingenio y las procedentes de la imitacion, elevándose por lo mismo, al mas alto grado de perfeccion.

Nada fundó sin embargo este pueblo, á pesar de todo su brillo, nada tuvo de fijo, de durable, y nada nos queda de él, sino recuerdos de cri-

« ba de lo que tenemos dicho, que la filosofia ha pervertido la razon, luego que se opuso al torrente de la tradicion histórica » transmitida por nuestros primeros padres, que habia llegado sin interrupcion hasta nosotros, y de quien la Escritura era, ó el origen, ó el principal depositario. » (*Ibid.*, pag. 21.)

menes y desastres; libros y estatuas. Tan ingenioso en sus artes, en su literatura y hasta en sus leyes, siempre fué tambien falto de juicio. En la *Grecia mentirosa*, tanto la verdad como la mentira, estaban sujetas á una especie de ostracismo, y para este pueblo, cual niño viciado, todo era juguete; la religion, sociedad, gobierno y costumbres.

Tiene este carácter de error y de licencia su causa en el principio de la *soberanía del hombre*, á quien habia hecho prevalecer sobre sus leyes, sus instituciones y filosofia. Discurriase de todo, buscábase la verdad en sí propio; en una palabra, las creencias recibidas, la tradicion, se sometian al juicio particular de cada uno; muy pronto se vieron todas las verdades combatidas ú obscurecidas, y resultaron tantas opiniones como hombres; cada escuela creó nuevas escuelas, bien así como entre los protestantes cada secta crea otra multitud de sectas: unos negaron á Dios, su providencia, la creacion, la vida futura, la distincion del bien y del mal; otros admitieron algunas de estas antiguas creencias, pero alterándolas mas ó menos, segun sus ca-

prichos; por último, muchos se fijaron en la duda universal¹.

Tal fué la filosofia de los Griegos, filosofia repugnante á la naturaleza, y destructora de la razon humana, rompiendo el vínculo que une los espiritus, entre sí y con la misma razon divina.

Trasladada esta filosofia entre los Romanos, no tardó en producir los mismos efectos. Nada hubo de que no se disputase. La duda se substituyó á las creencias, y cuando, conmevidas cayeron todas las verdades, arrastraron tras

¹ *Audi, quantum mali faciat nimia subtilitas, et quam infesta veritati sit. Protagoras ait, de omni re in utramque partem disputari posse, ex æquo; et de hac ipsa, an omnis res disputabilis sit. Nausiphanes ait, ex his quæ videntur esse, nihil magis esse, quam non esse. Parmenides ait, ex his quæ videntur, nihil esse in universum. Zenon Eleates omnia negotia de negotio dejecit: ait nihil esse. Circa eadem ferè Pyrrhonii versantur, et Megarici, et Eretrici, et Academici, qui novam induxerunt scientiam nihil scire. Hæc omnia in illum supervacuum studiorum liberalium gregem conjice. Illi mihi non profuturam scientiam tradunt, hi spem omnis scientiæ eripiunt.... Illi non præferunt lumen, per quod acies dirigatur ad verum: hi oculos mihi effodiunt. Si Protagoræ credo, nihil in rerum naturâ est, nisi dubium: si Nausiphani, hoc unum certum est, nihil esse certi: si Parmenidi, nihil est præter unum: Si Zenoni, ne unum quidem. Quid ergo nos sumus? SENEC. Ep. LXXXVIII.*

si las leyes, costumbres y el imperio mismo *.
Iba el mundo á perecer, Jesucristo se presenta : *Vino*, dice san Agustin, *con el gran remedio de imponer la fe á los pueblos* **. Escu-

* Habian conocido los antiguos el peligro de esta filosofia corruptora y turbulenta. Dice un sabio escritor : « ¿No fueron echados los epicureos de muchas ciudades, por sus desórdenes y los alborotos que suscitaban? ¿No desterró Antioco á todos los filósofos de su reino? ¿No impuso pena capital á sus discípulos, y la confiscacion de bienes contra los padres de estos? ¿No desterró Domiciano á todos los filósofos, de Roma é Italia? » *PHILELEUTH, lips., p. 24.* Suetonio advierte que, desterrando los emperadores á los filósofos, no hicieron mas que poner en vigor una ley antigua que contra ellos se hizo. (*SENEC. in Tiber., cap. XXXVI, et in Vitellio, cap. XIV.*) El nombre de *philosof* ó filósofo cayó en un descrédito tan grande en Persia, que, segun el actual idioma, es lo mismo decir filósofo que *maestro de arteificio y de falsedad*. *Sir JOHN MALCOLM, Hist. de la Perse, tom. IV, pag. 459, not.*

**El pasage de san Agustin de donde se han tomado estas palabras, es tan importante y tan bello, que creemos deberle copiar por entero.

Cum igitur tanta sit cæcitas mentium per illuviem peccatorum amoremque carnis, ut etiam ista sententiarum portenta, otia doctorum contereve disputando potuerint, dubitabis, tu Dioscore, vel quisquam vigilanti ingenio præditus, ullo modo ad sequendam veritatem meliùs consuli potuisse generi humano, quàm ut homo ab ipsa veritate susceptus ineffabiliter atque mirabiliter, et ipsius in terris personam gerens, recta præcipiendo et divina faciendo, salubriter cre-

chanle los pueblos, le creen, obedecen, y al principio fué la Religion la única filosofia de los

di persuaderet, quod nondum prudenter posset intelligi? Hujus nos gloriæ servimus, huic te immobiliter atque constantè credere hortamur, per quem factum est, ut non pauci, sed populi etiam, qui non possunt ista diducere oratione, fide credant, dona salutaribus præceptis adminiculati evadant ab his perplexitatibus in auras purissimæ atque sincerissimæ veritatis. Cujus auctoritatè tanto devotius obtemperari oportet, quanto videmus nullum jam errorem se audere extollere, ad congregandas sibi turbas imperitorum qui non christiani nominis velamenta conquirit : eos autem solos (Judæos) ex veteribus præter christianum nomen in conventibus suis aliquantò frequentius perdurare qui scripturas eas tenent, per quas annuntiatum esse Dominum Jesum Christum, se intelligere et videre dissimulant. Porro illi qui cum in unitate atque communionè catholicâ non sint, christiano tamen nomine gloriantur, coguntur adversari creditibus, et audent imperitos quasi oratione traducere, quando maximè cum istâ medicinâ Dominus venerit, ut fidem populis imperaret. Sed hoc facere coguntur, ut dixi, quia jacere se abjectissimè sentiunt, si eorum auctoritas cum auctoritate catholicâ conferatur. Conantur ergo auctoritatem stabilissimam fundatissimæ ecclesiæ quasi orationis nomine et pollicitatione superare. Omnium enim hæreticorum quasi regularis est ista temeritas. Sed ille fidei imperator elementissimus et per conventus celeberrimos populorum atque gentium, sedesque ipsas apostolorum arce auctoritatis munivit ecclesiam, et per pauciores piè doctos et verè spirituales viros copiosissimis apparatus etiam invictissimæ orationis armavit; verum illa rectissima disciplina est ut arcem fidei quam

cristianos, como habia sido ella en su origen la filosofía de todos los hombres.

Con todo eso, imbuidos algunos espíritus en las ideas filosóficas de la Grecia, probaron á conciliarlas con los dogmas del Cristianismo. Constituyéronse jueces de la verdad, quisieron someterla á su razon y nacieron las heregías¹. En-

maximè recipi infirmos, ut pro eis jam tutissimè positis, fortissimè ratione pugnetur. Ep. ad Dioscor., n. 52.

¹ *Hæ sunt doctrinæ hominum et dæmoniorum, prurientibus auribus nate de ingenio sapientiæ sæcularis, quam dominus utilitiam vocans, stulta mundi in confusionem etiam philosophiæ ipsius elegit. Ea est enim materia sapientiæ sæcularis, temeraria interpretis diviniæ naturæ et dispositionis. Ipsæ denique hæreses à philosophiâ subornantur.* TERTULLIAN, De Præscrip. advers. Hæretic., cap. VII.

Este mismo hecho asombró á Rousseau: « Bien pronto se disgustaron de la sencillez del Evangelio y de la fe de los Apóstoles... « Sutilizaron todos los dogmas, cada uno quiso sostener su opinion, y nadie quiso ceder. Aspiraron todos á la gloria de ser los gefes de alguna secta; pulularon las heregías por todas partes.... « De la misma fuente nació otro mal todavía mas peligroso, á saber la introduccion de la antigua filosofía en la doctrina cristiana. El estudio sobre los filósofos griegos, hizo creer habia en ellos relaciones con el Cristianismo. Osaron creer que la Religion se haria mas respetable, ataviada con la autoridad de la filosofía... Mas de una vez la Iglesia levantó la voz contra estos abusos. Muchas veces se lamentaron sus mas ilustres defensores, en términos fuertes y enérgicos: intentaron repetidas veces des-

tonces, como antes, cada error fué la negacion de algun punto de la doctrina tradicional, una sublevacion contra la autoridad. San Agustin lo echa de ver y dice: « Los novadores se esfuerzan por trastornar la inamovible autoridad de la Iglesia, en nombre y con las promesas de la razon. Esta temeridad es una especie de regla para todos los hereges¹. »

Nada se estudió en Europa luego que la invadieron los pueblos del Norte. La filosofía y las letras se quedaron como sepultadas bajo las ruinas del imperio romano. Con este motivo tuvieron los entendimientos tiempo para descansar; se empaparon en la fe; y sucedió una cosa inaudita hasta entonces en la historia de la Iglesia, cual es haberse pasado un siglo entero sin que hubiese alguna heregía. Se dice que era un siglo de ignorancia; no hay tal, era un siglo de fe. Cultivábanse, es verdad, muy poco las

« temer de ella, esta ciencia mundana que amancillaba su pureza. » *Réponse au roi de Pologne. Mélanges.* tom. IV. p. 266, 267. Edic. de Paris. 1795.

¹ *Ep. ad Diosc., n. 52.* — La misma observacion se encuentra en su libro. *De utilitate credendi.* cap. VIII. n. 21.

ciencias humanas ; despues fué cuando ellas y las artes progresaron. No vamos contra esto, pero preguntamos : ¿ Se ha descubierto despues alguna verdad necesaria para los pueblos, algun deber, ó alguna virtud ? ¿ Hemos añadido algo á la doctrina religiosa y moral de estas naciones llamadas bárbaras ? ¿ Dichosos, y muy dichosos fuéramos , habiendo sabido conservarla como ellas !

La filosofia de Aristóteles, adoptada por los Arabes, nos vino del Oriente despues de esta época de paz. Dejáronse ver al punto las divisiones. Se formaron *escuelas* en el seno de la Iglesia que es *una* : se disputa y ya nadie se entiende ; ocupada la *razon* en engendrar estas escuelas aborta mónstruos ; se levantan nuevas heregias *, y finalmente el protestantismo, última de todas y padre de la incredulidad moderna.

A pesar de los innumerables absurdos de la filo-

* Melchor Cano dice que en su tiempo, corria la voz en Italia, sobre muchos dogmatizantes contra la inmortalidad del alma y la providencia de Dios, fundados en la filosofia de Aristóteles. Véase FELIQUO. *Méritos y fortuna de Aristóteles y de sus escritos. Teatro critico*, tom. IV, *Discurso VII*, § V, p. 452. Madrid, 1755.

sofia peripatética, se conservaba esta por hábito ; el tiempo era quien la tenia acreditada, y solo la fuerza total del talento podia triunfar de ella. Defendida con ardor en la escuela, reino suyo, solamente despues de un prolongado combate, consiguieron Descartes y sus discípulos derribarla, y construir un nuevo edificio sobre los escombros de este coloso informe.

Pero el mismo Descartes, como desde luego se traslució, y como lo manifestaré despues, no pudo cimentar con solidez su filosofia. Este grande hombre partió del mismo principio que los filósofos griegos, y llegó bien á su pesar á la duda, idéntico resultado de aquellos. La insuficiencia, digámoslo francamente, la falsedad de su doctrina, precisó al espíritu humano, aun en su tiempo mismo, á buscar otro apoyo, y esta diligencia siempre desgraciada, por no subir á la primera causa del error, produjo una multitud de sistemas filosóficos, reducidos á tres principales.

El hombre tiene tres medios de conocer : los sentidos, el conocimiento y el discurso. A estos tres medios corresponden otros tantos sistemas

filosóficos. Unos han colocado el principio de certeza en los sentidos, tal el sistema de Locke, Condillac, Helvecio, Cabanis; sistema materialista, y desde luego escéptico por esencia. También sus partidarios, que no reconocen mas que seres materiales, acabaron por sostener la posibilidad de la duda sobre la existencia de la materia misma.

Otros filósofos buscaron en nuestras impresiones interiores la raiz de la certeza. Pero como no tienen nuestros sentimientos relacion alguna necesaria, sino con nosotros mismos, se condujeron estos filósofos desde luego á dudar la realidad de los objetos exteriores, y muy pronto despues la verdad de sus sensaciones mismas. Esto es el *idealismo*, enseñado por Kant y modificado por sus discípulos. Bajo cualquier forma que se presente este sistema, es como el precedente un escepticismo puro.

El tercer sistema es el *dogmatismo*, ó el sistema de los que fundan la certeza en el discurso. Inventado por Descartes, y adoptado por la escuela, se vió, en su mismo nacimiento, atacado por ingenios brillantes, y ahora vamos á demos-

trar que no es en su fondo ni menos peligroso¹, ni menos escéptico que los otros dos.

¹ Ya se ha visto que Bossuet señalaba dos siglos hace. *los terribles inconvenientes* de la filosofía cartesiana. Fenelon se lamentaba de sus efectos con no menos fuerza y dolor. « ¿Qué no se debe temer, decía, de estos desgraciados siglos en que una curiosidad desenfadada y presuncion violenta conmueven tal multitud de espíritus? » (*Refut. du P. Malebranche*, c. XXII, *OEuvres*, tom. III, p. 461.) « Cada cual es el doctor de sí propio, cada cual decide, cada cual, bajo especiosos pretextos, toma partido por los novadores contra la autoridad de la Iglesia... Los críticos han llegado al colmo de la temeridad; amortiguan el corazón, elevan los espíritus mas allá de su alcance... *Tratan solo de formar filósofos sobre el Cristianismo, y no de formar cristianos...* Si las promesas no me tranquilizasen. creería que estos hombres deben trastornar bien pronto la Iglesia. » (*Lettre sur la lecture de l'Écriture sainte en langue vulgaire, ibid.*, p. 412.) Y Bourdaloue: « ¿Dónde estamos, y dónde esta la fe de los primeros siglos, aquella fe que tanta gente convirtió? Entonces los ateos se hacían cristianos, y ahora los cristianos se vuelven ateos. » *Pensées* tom. I. pag. 263. Paris, 1802.